

PÉREZ DE MONTALBÁN, JUAN (1602-1638)

AL CABO DE LOS MIL AÑOS

En Ciudad Real (fundación que fue del Rey don Alonso Octavo por los años mil y doscientos y sesenta y dos, junto a las ruinas de Alarcos en la raya de Andalucía, cercado de fértiles y apacibles campos, porque tiene por vecino al río Guadiana, tan burlador de los ojos que le miran, que se desaparece por siete leguas) nació de padres tan ilustres, como poderosos, Lisarda, única hechizo de toda aquella tierra. Sus años eran dieciséis y su dote otros tantos mil ducados, y como no hay mocedad ni riqueza fea siendo Lisarda rica, moza y hermosa, de justicia pedía llevarse los ojos de cuantos la mirasen. Tenía esta señora después de una belleza natural, un claro y agudo entendimiento, que no todas las hermosas han de ser necias, ni todas las feas entendidas. Y por la noticia que la habían dado los libros o por lo que había oído en las conversaciones de sus amigas, vivía temerosa de casarse, no porque no lo deseaba como todas, sino porque la había puesto miedo la condición de los hombres. Y más en un casamiento, donde se aventura el gusto o el martirio de toda una vida. “¿Quién podrá penetrar”, decía la discreta doncella, “el corazón y los pensamientos de un hombre, siendo tan varios que a veces él mismo que los maneja, los ignora? Dos cosas hay en mí que pueden mover la voluntad de quien me pretende, o mi persona, o mi hacienda. Mi persona no, porque yo conozco muchas en la ciudad, si no de más nobleza, de más hermosura y por ser pobres no sólo no hay quien se case con ellas; pero aun falta quien se lo diga de burlas. Pues, si es mi dote él que hace estos milagros, fuerte cosa es entregarme a un hombre que no se casa conmigo sino con mi hacienda. Y cuando ya pasemos con esto porque la ambición está tan metida en el mundo, que fuera hacer de nuevo los hombres, querer buscarlos desinteresados, pregunto, ¿quién podrá asegurarse de sus costumbres, donde hay tantos engaños como mudanzas? Cuando se casa, ningún hombre hay malo, el tercero le abona, el deudo le acredita y el casamentero le asegura; es lo bueno, que al cabo del año, los unos y los otros salen mentirosos a costa de la pobre que da la mano, y el alma a un enemigo que o la juega la hacienda, o se precia de mal acondicionado. Y lo que peor es, se canse de quien le adora, que es la voluntad de algunos hombres tan opuesta a los términos de la buena razón, que nunca da menos fruto que cuando se siente con más obligaciones. Pues, ¿cómo”, repetía muchas veces con lágrimas, “esto es querer? ¿Esto es casarse? ¿Y esto es rendir la voluntad a una cautiverio eterno? No lo permita el cielo, ni lo quieran mis padres, porque primero daré la vida un puñal o a un vaso de veneno que casarme sin hacer, no sólo por meses, sino por años, muy bastante información de la voluntad, del trato, del entendimiento y de las costumbres de él que hubiere de ser mi dueño”.

Así discurría la hermosa dama, resuelta en no casarse por entonces, tanto por el temor que tenía al errar en la elección, cuanto por ver que podía emplearse en tan diferentes sujetos como la pretendían; si bien como acontece a los que ven jugar, que se inclinan naturalmente más a uno que a otro, sin tener voluntad a ninguno. Lisarda había mirado

con algún género de blandura a Ricardo, un caballero de tantas partes que ya el vulgo los tenía casados, porque decía que ninguno era digno de Lisarda sino Ricardo, ni ninguna dama le merecía como ella.

Hallose la ciudad en este tiempo obligada a unas forzosas fiestas en muestra del regocijo que tenía de que Francia le juntase con España, trocando las dos hermosas estrellas de Isabel y Juana, para que con el lazo del parentesco fuesen eternas las amistades de estos dos poderosos reinos. Y así, por muchos días hubo luminarias, fuegos, máscaras, dando fin a esta solemnidad con doce valientes toros, fiesta más aplaudida que las demás, o porque hace más ruido, o porque el brío español tiene más ocasión en ella. Los galanes de Lisarda hicieron las fiestas buenas, porque la competencia y el deseo de agradar se juntaron y sin reparar en gastos, ni comodidades, cada uno procuró no sólo igualar sino exceder al más poderoso. Si bien él que en todo anduvo más lucido fue Ricardo, aunque de suyo lo era porque estaba más favorecido, que esto de pleitear con buena fortuna suele ser causa de acertar en todo. Triste de aquel que sin galardón ni esperanza se empeña en algún intento, donde todo lo que se hace, se malogra, o porque no se admite. Llegó el último día de las fiestas, que era de los toros, a tiempo que ya la hermosa dama, aunque hasta entonces no había querido ni sabía querer, quería bien a Ricardo, que es la ciencia de la voluntad, por nuestra desdicha, tan fácil que de la noche a mañana se aprende. No quiso Ricardo perder ocasión ninguna de agradar sus ojos, y así entró por la mañana con vara larga, aplaudido de todos, menos de Lisarda, que la pesó no de verle, que esto era imposible, sino de verle tan a los ojos del peligro. Salió un toro, después de haber encerrado los demás, tan espantoso en el color y en la ferocidad, que puso miedo no sólo a los que le tenían delante sino a los que le miraban de más lejos. Sólo Ricardo entraba y salía con tan buena suerte que parece que estaba cohechado el bruto, según daba lugar a que luciese su valentía. Sucedió pues que el fiero animal, ofendido quizá de los golpes de Ricardo, quiso vengarse en un hombre de a pie, a quien alcanzó y dando muchas vueltas con obstinada porfía, parece que se le quería comer a bocados. Lastimó a todos esta tragedia, y más a Ricardo que enfadado de que los de a caballo, que se hallaban más cerca, no le socorriesen, arrojando la vara y metiendo mano a una valiente espada, partió para el toro que apenas le vio venir cuando dejando la presa se encaró contra él, como mohíno de sus atrevimientos, bajando las agudas puntas de la frente, arremetió al caballo con ánimo, al parecer de despigar en él su rabiosa cólera. Aunque no le sucedió como lo imaginó, porque al bajar la testa para hacer el golpe, le alcanzó Ricardo tan fuerte cuchillada, que le cortó sino toda la cerviz, la mayor parte de ella, como que quedó el sangriento bruto confesando a sus pies, que no hay ferocidad que no se rinda a la fuerza o a la industria del hombre. Aficionó de suerte esta acción a cuantos se hallaban presentes, que como si a todos les hubiese dado la vida, le daban con públicas voces los parabienes, los aplausos y las alabanzas. Solamente Lisarda la lloró de parte de adentro porque el dolor de ver tan a riesgo su persona, la privó en un punto de sentido y sin dar lugar a que pudiera enterarse del buen suceso cayó como difunta sobre las faldas de su madre. Aquí fue donde se declaró la enigma de su callada voluntad; aquí fue donde salió en público el secreto amor que había regateado su recato; y aquí donde la pasión oculta dio voces porque un desmayo suele decir sin lengua en un instante, cuánto la vergüenza, el miedo y el peligro han callado por muchos años. Volvió en sí la desmayada doncella, mas con las buenas nuevas que la dieron que con el agua que después la echaron, y como oyese que

Ricardo agradecido a la buena suerte de la mañana estaba determinado a salir a la tarde; ella por no acabar de decir con más demostraciones lo que le quería (que aunque todas quieren tener amor, ninguna quiere confesar que le tiene) quiso más declararse con uno que no dar que decir a tantos y así resuelta y enamorada, tomando pluma y papel, por señas de que antes de escrito, junto a sus manos no le parecía, escribió a Ricardo lo siguiente.

Cierta amiga mía, que tiene creído ha dos años que la queréis, estima vuestra vida más que vos mismo, pues vos la aventuráis sin piedad y ella la llora con mucho sentimiento. Hame rogado os suplique la hagáis gusto de verle esta tarde [en] las fiestas, sin salir a ellas porque si la gallardea se endereza a enamorarla ya lo está; y si es con fin agradar otra dama, conocerá que la habéis mentido y servirá a vuestra desobediencia de su desengaño. Esto os ruega a mi voluntad, en nombre de su amor, que no es poco; pues compra a costa de muchos colores la seguridad de vuestra vida. Siendo mujer claro está que ha de entrar pidiendo, pero como es mujer que os ama, sólo pide lo que os importa en advertencia de que si no hacéis, se despedirá de pedir os otra cosa en toda su vida.

Con un diamante y algunos escudos pagó Ricardo el porte del papel a la mensajera, cuyo dueño conoció por ella, y rogándola esperase la respuesta, se paso a escribir; si bien la turbación y el gusto le tenían tan loco que no le dieron lugar a que escribiese lo que sabía ni lo que quería, que los amantes nunca son más torpes que cuando les viene alguna dicha sin esperarla. Él en suma respondió en pocas razones de estas suerte.

Si el riesgo de mi persona os ha de poner en cuidado, por deberos ese favor, pudiera aventurarse muchas veces: mas por no enojaros (quiero decir a vuestra amiga) digo que desde luego desisto de mi propósito y agradezco a vuestra amorosa piedad esta lisonja, aunque no sé si acierto en llamarla piedad, porque excusarme el salir a la plaza para que después me maten vuestros ojos, más parece querer alzaros con mi muerte, que deseo de guardarme la vida. No me acordaba que la criada está esperando y aun yo también; ella que la despache y yo que llegue ésta a vuestras manos para que no os despedáis de pedirme sino que empecéis a mandarme como a vuestro, esposo iba a decir, mas tenedlo por dicho, y a Dios que os guarde y haga venturosa, aunque no tenéis cara para ello. Vuestro esclavo.

El efecto que hizo en Ricardo el papel de Lisarda hizo en ella él de Ricardo, porque de esta suerte la fiesta lo fue para ella, viéndola sin miedo ninguno por tener bien cerca de su ventana a Ricardo, aunque con pensión de algunos curiosos que descuidados de las suyas sólo atienden a las acciones ajenas. Acabáronse las fiestas sin desgracia ninguna y empezó la voluntad de los dos amantes a correr viento en popa en su correspondencia, y como el amor es tan ingenioso que en mi opinión más poetas ha hecho él sólo que la misma naturaleza. Ricardo lo empezó a ser en esta ocasión con tanta felicidad que podemos decir que empezó por donde otros acaban, y como se moviese entre algunos entendidos una disputa acerca de saber quien padece más en materia de amor, un olvidado o un aborrecido, entendiendo por un olvidado un hombre, de quien la dama vive tan ajena, que no sabe si ha nacido en el mundo. Ricardo a petición de Lisarda escribió

estas cuatro décimas, probando que de los dos males, el menor es ser aborrecido; si lo prueban, ellas lo dirán que son como se siguen.

Si puede, Lisi, un perdido
en su desdicha escoger,
supuesto que haya de ser,
que me aborrezcas te pido.
No me olvides, que el olvido
no tiene ser, y el Amor
pide ser para el favor.
Y si nada vengo a ser,
no me has de poder querer,
que es la desdicha mayor.
Supone el aborrecido vive,
que algún tiempo ha sido amado,
y es dicha ser desdichado,
siquiera por haber sido.
Mas el que llora un olvido
alivio ninguno siente
que sus pesares aliente,
pues en su fortuna airada
ni festeja la pasada,
ni saluda la presente.
La mujer más desdeñosa
puede mudar parecer,
que mudarse y ser mujer
parece una misma cosa.
Pero la que rigurosa
de un hombre tan olvidada
que aun de él no se enfada,
más que piadosa, es severa;
porque no puede, aunque quiera,
mostrar que es mujer en nada.
Lisi, yo quiero desdeñes.
Sabré al fin de su crueldad
que, si no en la voluntad,
en la memoria me tienes;
y que aunque mi mal previenes,
puedes dolerte de mí,
pues para ser lo que fui,
viendo tus ojos serenos,
tengo andado por lo menos
estar más cerca de ti.

Como ya Lisarda estaba enamorada todo, cuanto hacía y decía Ricardo le parecía tan bien que no podía persuadirse a que hubiese en el mundo quien le igualase, y no se engañaba

porque parece que la naturaleza le había hecho, no con la prisa que suele sino con tanto espacio y perfección que como cuando un pintor acaba con felicidad un lienzo, suele poner a un lado su nombre, así pudo la naturaleza escribir el suyo, como por término de su ciencia. En esta altura de buena suerte estaba el amor de los dos venturosos amantes, él paseando la calle de día y noche y ella hurtando al sueño algunos ratos con la memoria de su dueño, o por vivir más, o por lograr las breves horas de la vida de manera que lo parezca, que en opinión de Séneca, no es tiempo todo lo que se vive sino aquel que con gusto o con aprovechamiento se vive.

¿Quién creyera que en medio de tanta felicidad se atravesara un azar tan fuerte que no sólo eclipsase por un rato la llama amorosa de la voluntad de entrambos, sino que los pusiese en estado que dentro de quince días Lisarda estaba desposada con otro y Ricardo en la ciudad de Barcelona, con ánimo de embarcarse para Nápoles? Pero cualquiera lo creerá, atendiendo y considerando a buena luz la inconstante rueda de la fortuna y común mudanza de los tiempos. Bien experimentó Ricardo estos efectos, pues en un punto se vio de la cumbre de la dicha, en la mayor esfera de su esperanza y, para decirlo todo, casi en los brazos de Lisarda, y en este mismo punto se halla sin patria, sin deudos, sin amigos y sin ella, que para quien amaba tanto fue el mayor tiro que le pudo hacer su contraria suerte. Es pues el caso, que Ricardo antes que Lisarda le amase con el extremo que hemos visto como mozo galán y divertido, había tenido amistad con una dama sevillana que pasando a la Corte sin mas pretensión que la de ver y ser vista, y sin más hacienda que mocedad, que era mucha, y su cara que era muy buena. Como Ricardo la viese en una posada y por forastera y dama, la regalase en cortesía, con la que pudo prevenir la brevedad de una hora; ella se aficionó de su persona con tanto extremo que despidiendo una litera en que venía, y pagándola de vacío, se quedó por huésped de Ricardo, con quien dentro de un mes estaba tan hallada, como si le hubiera tratado toda su vida que el amor de las que viven de dar y tomar voluntades tiene los mismos plazos que el rayo, en cuya breve luz parece casi una misma cosa el caer, el alumbrar y el consumir todo lo que topa. Hallose el noble caballero empeñado en la fineza de doña Clara (que era su nombre) si puede llamarse fineza, hacer con él lo que quizá en su tierra había hecho por oficio con otros, y así buscándola una casa conforme a quien él era, hizo que la aposentasen y cuidasen de su regalo con mucha liberalidad, previniéndola de que si quería conservarse en la ciudad había de ser con determinación de vivir con mucho recato: lo primero, para no dar nota a los que la mirasen; y lo segundo, para que sus padres no lo alcanzasen a saber (que en un lugar corto todo se sabe) y por tenerle a él quieto la hiciesen alguna molestia. En fin por entre ambas razones estaba tan recogida doña Clara que no sabían esta secreta amistad sino el cielo, Ricardo y un criado suyo casado, en cuya casa vivía con todo el recogimiento posible.

Bien echaba de ver Ricardo que el tener esta correspondencia más nacida de esta cortesía que de su voluntad, podía servirle de embarazo para con Lisarda, si acaso por su desdicha lo llegase a entender. Y así, cuando vio que su amor estaba tan adelante que los deudos de una y otra parte trataban de que se efectuase, se declaró con doña Clara, dándole parte de su casamiento y justamente doscientos escudos para templarle la pesadumbre, la rogase fuese a la Corte, donde acudiría a servirla en cuanto hubiese menester, con su hacienda y con su persona.

Cuando una mujer llega a picarse, no hay razones, intereses ni diligencias, que basten a divertirla. Doña Clara, aunque mujer común, amaba a Ricardo y cuando no le amara sólo el verse dejar por otra había de ser causa de mayores incendios. Y así, lo que respondió después de otras locuras fue decir que había de verse con Lisarda y descomponerle de manera en su amor que no tuviese efecto, aunque aventurase en ello la vida, porque ya estaba resuelta a todo cuanto pudiera venirla.

Confuso se halló el afligido caballero con esta respuesta, sin saber que medio tomaría para apartarse de doña Clara, cuyo amor le estaba mal, después de ser ofensa del cielo por muchas causas. La primera, porque podía llegar a noticia de su esposa, que ya en profecía la llamaba con este nombre. La segunda, por su reputación misma, pues, aunque doña Clara era hermosa muchacha y entendida en su modo, en su traje y en su desenfado, daba a entender la libertad con que había vivido. Y la última, porque no era de su gusto que no hay en el mundo martirio que se iguale al haber de agasajar por fuerza a una persona que se aborrece, porque es sacar de centro su corazón y tener el alma como atada con una cadena. Ricardo, pues, huyendo de mayores daños, se determinó a salir de esta obligación, aunque fuesen muy cortesanos los medios, porque dando parte de este suceso al corregidor que era deudo suyo, le dijo que fuese a la noche en casa de doña Clara, con quien él estaría como galán, para que a título de ministerio grave, recto y desinteresado, la pusiese en un coche don dos guardas, a cuyo cuidado encomendase la ejecución de no dejarla hasta ponerla en Madrid, o adonde ella quisiese. Parecióle al corregidor muy bien la traza, tanto por hacer su oficio cuanto por desear con extremo la quietud de Ricardo, previniendo para las once de la noche un coche, dos guardas y una información fingida contra los dos amantes y el criado que los encubría. Bien pensó Ricardo librarse por este camino de doña Clara, sin que pudiese tener queja de su trato, y juntamente asegurarse de que Lisarda lo entendiese, porque entenderlo y perderla le parecía que era lo mismo. Pero quien es desgraciado nunca yerra más que cuando lo procura menos, porque esta misma noche que Ricardo tenía prevenido todo lo necesario para que doña Clara saliese sin escándalo de la ciudad, como el padre de Lisarda estuviese ausente y a su madre la llámase para asistir a la enfermedad de una deuda suya que estaba casi en los últimos pasos de la vida. Viéndose la discreta dama sola y triste por no haber visto en todo el día a Ricardo, se determinó a hacer por él una fineza que su recato llamó travesura, porque con un tafetán en la cabeza, las basquiñas en las manos y una criada que la acompañase, salió de su casa con ánimo de verle, o por lo menos llegar a su calle, que quien ama con ver las paredes y tentar las puertas suele contentarse, cuando no se ofrece ocasión de mayor ventura. Llegó Lisarda a la calle, miró la casa, acechó por el postigo y viendo que estaba todo cerrado aunque se holgara de hablar y ver a su Ricardo para volver si quiera más bien acompañada. Mirándolo con más prudencia se determinó a no llamar, no porque no lo deseaba sino porque no lo atribuyese a liviandad que muchas veces regatea una mujer con el que ha de ser marido, lo que quizás hiciera con otro, que no lo pretendiera con ese fin, porque ser liberal antes de casarse, no es sino ocasionar al marido para que después de casado viva con escrúpulo de su honra, y así obligada de esta razón, se resolvió a volverse aunque a su pesar, sin hacer diligencia ninguna. Y como pasase (porque era camino para su casa) por un convento de religiosas dominicas, a la luz de una lámpara que estaba en la portería, vio un hombre cuyo talle la sobresaltó porque mirándolo con atención conoció que era Ricardo, a quien en la primera casa al ruido de

un silbo que debía de ser la seña, bajaba a alumbrar y abrir una criada, la cual queriendo después de haber entrado cerrar la puerta; él no se lo consintió, diciendo que había de volver a salir muy presto porque como esperaba que viniese la justicia y los hallase juntos para hacer mejor su hecho y excusar el alboroto, quiso tener anticipada esta diligencia. No imaginó Lisarda aunque vio todo esto que podía ser cosa en ofensa suya, sino que aquella casa sería de algún amigo donde los mozos debían juntarse a conversación, unos a jugar su hacienda, otros a gobernar el mundo y otros a murmurar de cuantos no se hallan presentes. Triste de que se va primero, pues es fuerza que pase por el mismo peligro. Pero aunque la segura dama lo estaba del amor de Ricardo, con todo eso, llevada más de su curiosidad que de su sospecha, llegó a la puerta y como por la causa dicha la hallase abierta, entró y subió hasta el primer cuarto donde arrimándose a un postigo que tenía echada la llave, vio por el hueco de la cerradura a su descuidado amante que sentado en las almohadas de un estrado (sabe Dios con qué poco gusto) estaba acariciando a una mujer, no sólo hermosa sino a su parecer hermosísima, que los celos como miran con antojos hacen cosas mayores de lo que son y que para disculparse con ella, la decía.

“Nunca pensé, doña Clara, que no echases de ver, que el decirte que me casaba iba sólo enderezado a probar tu firmeza y a examinar los quilates de tu voluntad. Yo te confieso que fingía tan bien las tibiezas y sequedades que tuviste disculpa para creerlas, pero no la tendrás para sustentar que sólo las mujeres sois en el mundo quien sabe hacer con artificio un engaño, pues, a costa de tantos desvelos, lágrimas y suspiros, has visto lo contrario. Verdad es que mis deudos intentaron por sosegar me el casamiento de Lisarda que es la dama que sin causa te tiene celosa, pero yo lo he resistido tanto que si puedo no tendrá efecto porque aunque esta señora es noble, hermosa y rica, hasta ahora no me ha hecho sangre en el alma y debe de ser la razón, el estar hecho a ver tu belleza, con quien no hay comparación en el mundo. Y pues, va todo de verdades, sabe que lo que ahora me obliga a quererte con más fuerza es el ver que algunos de mis parientes, movidos a su parecer, de buen celo por haber entendido nuestra voluntad, procuran estórbala como si para dos que se quieren bien bastasen ruegos, amenazas, ni persuasiones”.

Como loca escuchaba Lisarda estas cosas sin determinarse a distinguir si era sueño o verdad que las escuchaba. Mas viendo que los desenojos de Ricardo con su dama llegaban a tomarse las manos sin advertir que peligraba su recato (que las mujeres cuando tienen prudencia es solamente cuando no tienen celos) y sin ver que se ponía a riesgo de que Ricardo la despreciase, por estar con quien al parecer adoraba como él decía, dio tan grande golpe en la puerta, que sin duda pensó Ricardo que se había adelantado la prevenida diligencia de la justicia. Y no se engañó, que también el amor con vara de los celos prende y castiga a quien le agravia tan claramente. Alborotose fingidamente, diciendo a la criada que abriese, porque ya deseaba saber quién era el atrevido, que osaba pisar aquellos umbrales, sabiendo que era dueño de su dueño; “sino que es que sea”, añadió volviéndose a doña Clara, “algún secreto amante que os galantea y aguarda quizá (como suele acontecer) a que yo me despida, para tener la futura sucesión en vuestros amores”. Esto decía el cauteloso caballero, por deslumbrarla de imaginar que él podía ser el autor de aquel engaño. En fin, mientras Ricardo se enojaba y ella le satisfacía, Lisarda no cesaba de llamar y Ricardo de mandar a la criada que abriese. Mas viendo que

temerosa no se atrevía, colérico se levantó de donde estaba y abrió la puerta bien ajeno de la vista que le venía. Entró Lisarda, helose Ricardo, y doña Clara empezó a pedirle de veras los celos que poco antes la pedía de burlas. Iba Ricardo no a satisfacer a doña Clara, sino a preguntar a su esposa la causa de venir de aquella manera. Mas ella sin querer oírle ni mirarle, con la mayor modestia que pudo, aunque la ocasión no lo merecía, dijo a doña Clara de esta suerte.

“No puedo negaros hermosa dama, el susto, el dolor, el sentimiento con que vengo a vuestra presencia porque cuando yo quisiera encubrirlo, como suelen hacer las que desmienten por se decora sus propios efectos, mi color, mi pena, mi congoja, mi turbación lo dijieran a voces. Pero para que no os alborote mi venida, ya que no puedo dejar de estarlo que no es bien que cueste una ingratitud más de una vida y que ésa sea la de un alma que la estima, porque no la vine. Os advierto primeramente, que no vengo a quitaros el galán, que tan justamente os goza y que vos debéis de querer por sus muchas partes; cuanto al cuerpo digo que en lo demás no hice el cielo caballero tan falso, tan mudable ni tan engañoso, y porque me disculpéis a mí y no le creáis a él. Escuchadme, si no lo tenéis a pesadumbre”, y tomando una silla, con más suspiros que razones, y con mas lágrimas que palabras, la refirió las finezas, los ruegos y los papeles de Ricardo. Después volviéndose a él, le dijo, “Y no penséis, ingrato caballero que estas quejas nacen de mi voluntad, sino de mi honra que como otras se avivan con los agravios, yo me desmayo con los celos y así de aquí adelante puede vuestro amor querer segurísimamente a esta señora, que su merced es tan linda, que para conmigo tenéis disculpa. Lo que yo siento no es que me dejéis por ella, que como el amor suele proceder más de la inclinación de las estrellas, que de perfección de los méritos ni el buscar a su merced es abono suyo, ni el dejarme por ella puede ser descrédito mío; antes bien suele andar como es ciega tan desalumbrada la voluntad que quiere más a quien lo merece menos. De lo que yo me quejo es de que me hayáis tratado con el término que a las mujeres comunes, engañándome (digo en las palabras) que en lo demás, ni vos ni todo el mundo fuera bastante. Pero lo que me consuela también es que de puro noble, he creído vuestras mentiras porque como los hombres de bien no pueden persuadirse a que haya quien haga infamias en el mundo, así las mujeres de mi calidad, como no sabemos de estas ruindades, no creemos que haya quien las imagine, cuanto más quien las ejecute. Estaréis vos, a mi parecer, muy ufano con haberos burlado de mis finezas, como si no fuera mayor ofensa para vos el tener mal trato que para mí pensar que como sois caballero en la sangre, lo érades también en las costumbres. Pero si en mí ha sido culpa daros crédito, yo me enmendaré de aquí adelante con no miraros en mi vida a la cara, de lo cual os doy palabra delante de esta señora, a quien prometo enviar mañana todos los papeles que tengo vuestros para que los junte con los suyos porque como en el reino de la voluntad no se consiente más de una corona, no pudiendo ser mía, se la daré de muy buena gana a su merced, pues por dama, por linda y por vuestra merece muchas”.

Decía esto Lisarda con vivos afectos, que por los ojos, como por vidrieras, se le divisaba el sentimiento del alma y sin esperar respuesta, ni disculpa de Ricardo, que estaba pendiente de su boca, abrió la puerta y como jugador cuando ha perdido, que todo le embaraza, tropezando en sus mismas congojas, salió a la calle sin querer escuchar a Ricardo, que a pesar de doña Clara, que le detenía, salió tras ella como loco. Pero la

oscuridad de la noche y la prisa de Lisarda, la desaparecieron tan presto [hicieron] que no pudo encontrar con ella. Si bien aunque la alcanzara, no sirviera sino de enojarla más, que hay delitos cometidos tan claramente que más ofende a que los ha visto, el satisfacerlos que el confesarlos. En tanto que Ricardo estaba pensando disculpas que escribir a Lisarda y resuelto a confesarla toda la verdad del suceso, el principio del amor de doña Clara, el deseo de apartarse de su compañía y la traza de aquella noche, se hizo hora de que el corregidor hiciese lo que tenían concertado. y así por desahogarse de aquella carga, y porque participase también doña Clara de la pesadumbre que por su ocasión tenía, se volvió con ella, donde apenas entró mal recibido, porque abrasada de celos, conoció por los extremos que Ricardo había hecho, que adoraba a Lisarda, cuando llamó a la puerta la justicia. Entró el corregidor visitando toda la casa y hallando juntos a Ricardo y doña Clara, a quien tomó su confesión aparte, la notificó que al momento saliese de la ciudad porque para esto quedaba a la puerta un coche de camino. Resistiose al principio la celosa dama, mas viendo la resolución del juez y que la amenazaba con más violento castigo, pidiéndole dos horas de término para recoger sus joyas y vestidos, se despidió con los ojos solamente de Ricardo, a quien el corregidor mandó llevar a su casa con dos guardas, y antes de las siete de la mañana, se halló doña Clara de estotra parte de Malagón, llegando a Madrid dentro de cinco días, en cuya Babilonia a la primera semana apenas se acordaba de Ricardo. No le pasaba así Lisarda, porque desde aquella triste noche, melancólica, triste y desesperada, no sabía qué hacerse ni qué decirse en abono de su falso amante que quien ama de veras, por hallar disculpa en lo que ama, suele andar buscando salida a los mismos agravios, aunque los suyos eran tales, que más pedían venganza que disculpa. Y como la cogió esta costosa experiencia de su desengaño, sobre los miedos que siempre había tenido a la varia condición de los hombres se determinó a no querer bien a ninguno y de camino a procurar aborrecerlos a todos. Y así unas veces se resolvía a entrarse en la clausura de un convento para acabar su vida y vengarse por tan santo camino de las traiciones de Ricardo, y otras mirándolo con menos paciencia, volvía sobre sí y decía: “Pues si Ricardo se queda en los brazos de su dama, contento, ufano y aun desvanecido, ¿qué venganza viene a ser meterme entre dos paredes sin gusto a tener una perpetua muerte? Que no medra mejor quien toma estado más por tema que por elección. La venganza fuera (a mi parecer) que como yo le vi con doña Clara, él me viera con otro que mereciera tanto como él; pues por mucho que olvide un hombre nunca se huelga de ver en otros brazos lo que quiso, o lo que llegó a tener por suyo y más si el tenerlo fue con tal limitación, que no pasó de los deseos. Si Ricardo me hubiera gozado no dudo que ya me aborreciera, que ya una gozada hermosura trae la soga arrastrando para su desprecio. Pero estando tan a los principios, ¿quién duda que le pesara de verme, y más si le han quedado algunas cenizas de aquella Troya? No se pasa día en que mi padre no me riña de la tibieza que tengo en tomar estado; pues ¿qué dudo en vengarme y en aborrecerle, diciendo que daré la mano a un caballero a quien le veo inclinado? Cuyo nombre es don Fulgencio, grande amigo suyo, de gentil talle, de mucha hacienda y por tener ya cumplido treinta años, sosegado y sin peligro de otros divertimientos; si bien es achaque tan ordinario en los hombres no contentarse con lo que tienen en su casa, que ni bastan por freno las canas, los años y lo que más es el peligro de que las mujeres ofendidas de sus descuidos lo imiten. ¿Y cuándo don Fulgencio haga lo que todos que me viene a importar a mí, si me caso con él, más por razón de mi cólera que por inclinación de mi voluntad? Antes bien desearé que sea galán de las casas ajenas, para que a mí me

deje, pues ese breve tiempo que me viere libre de sus halagos, tendré de gusto, para poder llorar mi poca ventura, que podrá ser lo que sea y que antes me salga bien la suerte, que el trato, la cama y el matrimonio han hecho grandes milagros en el mundo. Pues, ¿qué dudo? ¿Qué aguardo? Ni en que me detengo, ¿qué no me resuelvo? Ricardo me ha ofendido en el alma, en el gusto y en la correspondencia. Quien agravia no espere mercedes ni buenas obras, que estamos en tiempo que aun los beneficios no se agradecen. ¿Qué pensó Ricardo, cuando favorecido de mis ojos y traidor de ellos, se iba a tender toda la noche en otros brazos? La suerte está echada en favor de don Fulgencio; yo soy mujer y agraviada, y si va a decir verdad, no pude ser tanto el pesar que puede darme un marido a disgusto por muchos años; como será el placer que tendré de ver a Ricardo un día si quiera pesaroso de haberme perdido”.

Así se quejaba Lisarda, resistiendo con valor algunas lágrimas, que porque no saliesen andaba repartiéndolas por las entrañas. Ricardo en este tiempo escribía papeles, solicitaba terceras, regalaba criadas y a todos los de su casa, y de fuera de ella daba satisfacción de la culpa que al parecer había tenido. Pero como Lisarda estaba tan fuera de admitirlas, no escuchaba a nadie, temerosa de la fácil condición de las mujeres en llegando a oír lástimas o ruegos, porque como los oídos tienen las puertas de cera, y las palabras del amor de fuego, o los derriten, o los ablandan. Vino su padre de la Corte donde había estado algunos días, y como la volviese a rogar le sacase del cuidado con que venía a darla estado, pues había tantos años que lo solicitaba. Ella respondió, que como fuese con don Fulgencio, desde luego podía disponer de su persona. “Esto es lo que yo deseo”, la respondió el viejo, dándola muchos abrazos y despidiéndose de ella, lo fue a tratar con el descuidado novio que como lo deseaba tanto decir que sí, concertarlo, hacerse las escrituras y sacar las amonestaciones, todo fue uno. Y así estando Ricardo en la iglesia mayor una mañana, oyó en mitad de la misa una de las publicaciones que acaso era la primera, en que decía “que don Fulgencio y Lisarda querían contraer matrimonio, y si había quien supiese algún impedimento”. Miraron todos a Ricardo, como pareciéndoles que él podía ponerle, mas disimulando cuanto pudo, aguardó que se acabase la misa, y loco, descolorido y precipitado salió de la iglesia y se fue en casa de Lisarda, a cuyas puertas no le faltó sino dar voces para que ella o sus padres le preguntasen la ocasión, pero ellos no quisieron darse por entendidos y ella dio albricias a quien le dijo de la manera que quedaba. En fin el pobre caballero puso cuantos medios pudo para que no pasase adelante la costosa venganza de Lisarda, pero viendo que ya no tenía remedio, y que don Fulgencio se había partido a la Corte a comprar joyas correspondientes a los méritos de su esposa, se resolvió a poner tierra en medio para no hacer algún desatino, con que se perdiese para toda la vida. Consultó este pensamiento con sus padres, que celosos de mayor desdicha, consintieron en su ausencia, y así vestido de leonado y azul, enigma bien clara de sus celos y de su tristeza, tomando postas por salir más aprisa, pasó otro día por la calle de Lisarda, que llevada de su curiosidad por el ruido que venían haciendo los caballos, se asomó a una ventana a tiempo que Ricardo llegaba a su puerta. Despidiéronse entrambos con los afectos y pasando Ricardo la calle, quedó Lisarda arrepentida de su rigor tan necio como costoso para entrambos. Mas considerando que ya no tenía remedio, se determinó proseguir como lo hizo, en su casamiento. Pero dejemos a Lisarda en Ciudad Real, cercada de parabienes (que también se dan de los que no se desea) y volvamos a Ricardo, que iba tan fuera de sí que había caminado veinte leguas y

aun no sabía que se iba; llevaba mil escudos para el viaje y cartas de creencia para Roma de todo el dinero que quisiese. Llegó a Barcelona a su parecer en pocos días, que siempre camina mucho quien camina de mala gana, y como hallase buena ocasión de embarcarse por estar de vuelta para Italia las galeras del gran duque de Florencia, previno su viaje, avisando de su salud a sus padres y a un grande amigo que tenía, a quien remitió este soneto, que hizo antes de embarcarse, pintando en él su amor, su ausencia y su poca esperanza de remedio.

Sordo a los ecos de mi propio canto,
escollo vivo, en que la muerte vía,
perdí, Lisi, tu dulce compañía,
que tanto pierde quien ofende tanto.

Al sagrado del mar me acojo en tanto
que el fuego de mi amor su fuego enfría,
aunque en mi llanto ver el mar podía,
pues no puede haber mar como mi llanto.

Temiendo en fin, lo que por otros pasa,
mi muerte, en ondas de cristal navego,
por ver si mudo amor, mudando casa.

¿Pero qué importa que navegue ciego,
si va conmigo el fuego que me abrasa,
y no puede haber agua a tanto fuego?

Diose Ricardo a conocer al capitán de la galera el cual, tratándole con el respeto que su persona merecía, mandó acomodarle en la cámara de popa, donde iba divirtiendo el tiempo ya con la lección de algunos libros que compró en Barcelona, ya tratando de diversas materias de estado, ya del ejercicio de las armas y ya de los dos polos en que se sustenta el ocio de la juventud, que son amor y el juego; que todo es menester, para olvidarse de los peligros a que se pone quien por honra o por interés entrega su vida a pocos maderos embreados, que fueron cuando nacieron árboles en la tierra y cuando mueren son aposentos en el agua. Iba también acomodado junto a Ricardo otro caballero de tan buena suerte que le obligó a reparar en él, porque después de merecerlo su talle, iba tan triste y pensativo que le puso deseo de saber (si fuese posible) la causa de su melancolía. Unas veces miraba el cielo, otras suspiraba y otras maldecía su contraria fortuna, y una noche de las muchas que le había oído en ocasión que todos dormían y solamente los dos velaban (que para los tristes no hay gusto, sueño ni descanso) le dijo: “Por cierto, señor mío, que me ha dado vuestro desasosiego tanta pesadumbre, que a poder remediarle aventurara cuanto soy por descansaros, si bien a mi parecer no debe de ser dolor que estriba en fuerzas humanas porque a tener alguna salida, no os afligiera tanto su pensamiento. Mas pues el camino suele dar principio a grandes amistades os suplico me admitáis en la vuestra, para que yo os haga relación de mis sucesos, que por dicha o por desdicha son tan penosos como los vuestros y vos me paguéis esta pequeña

lisonja en la misma moneda, o para que vaya a la parte con vos en el sentimiento o para que si quiera con alguna esperanza nos consolemos el uno al otro”.

Agradecido escuchó el triste caballero las corteses razones de Ricardo, a quien respondió y rogó no se espantase de su extrañeza porque todo lo que no era quitarse la vida se hacía de merced, según era fuerte la ocasión que le atormentaba; y que así para que confesase que tenía razón, pues tenía gusto de escucharle y la quietud de la noche convidaba a cualquier divertimento, atendiese un rato a la causa de sus tristezas, y luego haciendo él prologo a su historia con un suspiro empezó, diciendo:

“Mi nombre es Enrique, mi patria Barcelona, cabeza del Principado de Cataluña, mi calidad de los más ilustres, mi riqueza de las medianas, mis años treinta y cuatro y sin número mis desdichas. Esta es en suma la relación de mi nobleza, de mi patria y de mi fortuna. Vivía pared en medio de mi casa una señora, a quien desde que nació quise, mal dice, adoré; que más es que amar, no tener vida mientras no la veía. Era su padre grande amigo del mío desde sus primeros años, y así era nuestra comunicación forzosa, sin nota de los vecinos ni escándalo de los envidiosos. No quiero gastar el tiempo en referiros las finezas, las palabras y los extremos con que nos correspondíamos porque esto fuera cansaros y cansarme, sirviéndome de nuevo martirio la memoria de lo mucho que me debió doña Estefanía (así se llama el dueño de mis penas) y la ingratitud con que me ha pagado. Basta decir, que éramos niños entrambos, el amor grande, su hermosura mucha y la ocasión no poca, pues con permiso de nuestros padres nos veíamos a todas horas, los cuales viendo por las señas exteriores nuestro deseo, acabaron de confirmar su amistad, juntando estas dos casas y casándonos dentro de pocos días, que por estarlo ya en la voluntad desde que nacimos no fue novedad para el alma sino confirmación de su profecía. Quien dice que con el matrimonio se quita el amor no debió de hablar de los que se casan teniéndole, porque antes con el trato crece. Yo a lo menos obligación tengo de confesar esta verdad porque llegué a probar sus efectos con la experiencia, que es el argumento de más fuerza, amando a mi esposa de manera (pluguiera a Dios no hubiera sido tanto) que si el amor se perdiera, se hallara en su corazón y el mío. Diez años gocé de su compañía sin que todos ellos en menor disgusto fuese tirano eclipse de nuestro sosiego, diez años fui el marido más dichoso que ha nacido en el mundo; nuestra hacienda, juntando la suya con la mía era tanta que no podía llegar su deseo a mi liberalidad; la ostentación conforme a la riqueza y el gusto con que nos queríamos tanto que nunca parecimos más galán y dama que cuando éramos marido y mujer. ¿Quién pensara, Ricardo, que con todas estas circunstancias de amor (vergüenza tengo de imaginarlo) Estefanía me ofendiese en la vida, en la honra y en la voluntad? ¿Quién pensara que intentase manchar su honesto lecho, gozando la caricia de otros brazos ya que no en la ejecución, por lo menos, en el pensamiento, pues tal vez llegó a desearlo? ¿Y quién pensara que yo, siendo quien soy, lo llegase a decir sin que el dolor de la afrenta me quitase la vida? No quiero yo, Ricardo, ni me lo consentirá mi nobleza hablar mal del honor de las mujeres, que en fin las debemos al haber nacido de ellas con riesgo de su vida al nacer y después con trabajo de su persona al criarnos. Pero dejando estas naturales deudas aparte y tratando de la firmeza que deben tener y algunas tienen, ¿qué confianza, decidme, puede haber que duerma segura de sus traiciones, si Estefanía que me adora, olvida mi amor, desprecia su recato y solicita mi deshonor? Sí lo puede ser para un

hombre la culpa que ni ve, ni consiente, ni está en su mano. Mas volviendo al principal suceso, digo, que viéndome con un hermoso hijo que nos dio el cielo, me determiné para dejarle con algún aumento en la calidad, ya que en la hacienda no podía, partirme a la Corte con ánimo de pretender en premio de los servicios de mis abuelos con su Majestad algún hábito o título que mejorase el mayorazgo de mi casa para adelante. Consulté con mi esposa este pensamiento y si bien ella deseaba darme gusto en llegando a decirle que había de ausentarme, era tanto su sentimiento que me hacía arrepentir de haberlo imaginado; mas viendo que importaba a nuestra nobleza y, sobre todo que yo lo deseaba, templó las lágrimas y me dio licencia para quince días que como no conocía la Corte, pensó que bastaría este término para mi pretensión. Salí en efecto de Barcelona, y con toda brevedad llegué a la insigne villa Madrid, esfera del mayor planeta que alumbre el mundo y empecé a disponer mis cosas con tanta felicidad que parece que la fortuna había consultado el deseo de Estefanía, la cual en todas las cartas no me rogaba sino que abreviase me partida dejando encomendadas las diligencias que faltasen a alguna persona, que por el interés cuidase de solicitarlas. ¿Quién con esto no creyera que me adoraba, siendo Estefanía noble, rica y aunque mujer, mujer mía y que se había casado enamorada? Mas quien ignora que los peligros de la ausencia son muy grandes, disculpa tiene para su agravio pero no para su ignorancia; el entendimiento, Ricardo, no propone a la voluntad si no es lo que conserva con la memoria; la memoria es potencia tan ruin que sólo la tiene de lo que veo en los ojos; los ojos no viendo, no proponen al entendimiento; el entendimiento faltando objeto, no obra; y a voluntad sin entendimiento, no ama, ni puede; de manera que viene a ser casi lo mismo apartarse de los brazos de una mujer y perderla por todo aquel tiempo que no se ve. Esto puntualmente me sucedió con Estefanía; ausenteme, sintió algunos días, consolose, olvidome y una vez olvidada de mí, olvidose de su honor, de su ser y de su compostura. Verdad es que me rogaba en todas sus cartas que me fuese, pero, ¿quién duda que sería por cumplir conmigo? O lo que es más cierto, por saber cuando yo iba, para guardarse de mis rigores. Mas como sucediese que su Majestad, atento a los servicios que mis pasados habían hecho a la corona, me honrase con la merced de un Hábito de Santiago después de haberle besado la mano, dejando dos criados que solicitasen el despacho de las informaciones, me partí por la posta para Barcelona. Y dentro de tres días (tal fue mi diligencia) me hallé cuatro leguas de mi casa, si bien por ser ya anochecido y levantarse de repente una borrasca de granizo y aire, tal que más parecía temeridad, que fineza, pasar adelante. Me resolví a quedar en una casería que estaba algo apartado del camino, y estando haciendo hora para cenar y descansar de las malas noches que había pasado, entró en un rocío de campo un caballero, que en el traje daba a entender que venía de caza, tan mojado, que me obligó sin conocerle, a mandar a mis criados que le ayudasen a desnudar para que se enjugase. Y viendo que en el talle, en la cortesía y en el modo, daba a entender ser persona de calidad, le rogué me hiciese compañía en la mesa y que se dejase aposentar en mi propio cuarto. Agradeciolo Federico (que así dijo que se llamaba) y después de haber cenado, mientras se hacía hora de acostarnos, discurremos sobre varias materias, mostrando en todo un lucido ingenio, sin afectación ni melindre. Y como centro de los mozos sea el amor, empezamos a referir cada uno algunos sucesos propios y ajenos, con que despedidos de la lumbre nos entramos a recoger. Y como me dijese un criado que me desnudaba, ‘mejor noche pensó tener vuestro merced con mi señora’, respondió Federico, lastimado también de su poca suerte, ‘a todos alcanza esa desdicha; porque todos pensamos tener la buena,

pero la fortuna todo lo baja, pues cuando como otras noches, imaginé tener el lado de un ángel, me he visto entre peñas y arroyos, donde a no hallar esta casería y en ella el amparo del señor don Enrique, lo pasara infelizmente'. 'La noche es tal,' repliqué yo entonces, 'bien ajeno de mi deshonor que también habrá sido desdicha para esa dama'. 'Cuando no fuera por su hermosura,' respondió el inadvertido caballero, 'por la influencia de su nombre parece que tiene obligación a ser desdichada'. No repararon los criados en el misterio de sus razones y así por no apurarle delante de ellos, luego que nos dejaron solos, le dije con una curiosidad tan impertinente como maliciosa que no entendía que hubiese nombre en España, por ser nombres de santos que instituyese desdicha en quien le tuviese. A esto me respondió, 'que desde que en Castilla hubo una dama llamada Estefanía, a quien mató su esposo por engaño de una criada sin haberle ofendido aun con el pensamiento, se tenía por atributo vulgar de las Estefanías el ser desdichadas, sólo se tenía por el nombre aquella, que los fue tanto'. 'Según eso, Estefanía se llama vuestra dama,' repliqué yo algo alterado y él respondió, 'habiendo dicho lo primero, disparate fuera negaros lo segundo,' y despidiéndose de mí, a petición del sueño que le importaba, se volvió del otro lado y yo quedé no muy contento porque sin poder resistir a una villana sospecha, unas veces me consolaba y otras veces me ofendía. Finalmente me resolví a pensar que era loco en imaginar cosa alguna contra el honor de Estefanía, que en mi opinión era más que el Sol puro, limpio, resplandeciente, persuadiéndome que en la ciudad habría otra de aquel nombre que ya que no es la honestidad, se pareciesen a mi esposa en el apellido. Apenas pues la aurora, que al libro del día, sirve de prólogo y de principio, alumbraba con media luz los montes y los valles, cuando di a Federico los buenos días, preguntándole si quería levantarse, para que entrásemos en Barcelona antes de mediodía, y como me dijo éste que le importaba entrar anochecido y que así podía irme sólo, que después me había de buscar en Barcelona. Yo, si va a decir verdad, por salir del escrúpulo que tenía, le respondí que también me quería quedar con él hasta la tarde, atribuyendo a cortesía y afición lo que era duda, sobresalto y recelo. Volvimos a los mismos lances de la plática pasada, que es donde doblamos la hoja y ya volví a ofrecerme por muy suyo, rogándole que me mandase, y si acaso la casa donde entraba era de peligro, llevase consigo mi persona, que con decirle que era caballero, le decía todo lo que debía hacer cuando la ocasión se ofreciese. 'Antes es casa,' me respondió, 'donde no sé si tengo peligro porque aunque he estado muchas noches dentro, no sé qué casa sea, porque jamás he visto la calle ni me ha dado lugar el recato de su dueño, a que pueda ver las paredes por de fuera'. 'Cosas son estas,' repliqué yo, 'que si son como vos referís, parece que se contradicen, porque si habéis entrado dentro muchas veces, ¿cómo decís que no habéis visto la calle, ni la casa? ¿Y si no habéis visto, cómo aseguráis el haber entrado?' 'Pues para que no os parezca tan imposible,' respondió entonces, 'escuchad y veréis lo que traza el ingenio de una mujer, cuando quiere que no se entiendan sus flaquezas. Yo estaba una tarde en la calle mayor concertando un corte de jubón, y llegó una dama a comprar ciertas niñerías que aunque tapada al principio no lo estuvo tanto que no descubriese al apartar del rostro la nube de seda, la mayor hermosura que a mi parecer he visto. Llegué con la cortesía que deben tener los hombres de mi porte, suplicándola tomase cuanto quisiese, sin más interés que quererlo tomar. Volvióse a una criada, como riéndose de mis palabras o como extrañando mi liberalidad, por ser cosa que no se usa porque ya para dar los hombres me parece que es menester o que les paguen primero, o que les hagan escritura de que no se quedarán con ello. Hablé con ella un rato

y en efecto vino a decirme, que la agradaba mi persona más que por liviandad por una secreta inclinación que la obligó a amarme desde el punto que llegó a verme; que como las almas no son hombres ni mujeres, también las mujeres aman de repente como los hombres, y así que con condición que no la siguiese, porque era mujer de más obligaciones que imaginaba, me aguardaría a otro día en el paseo de la marina. Yo os confieso, que imaginé al principio que era engañosa traza para estorbarme que supiese su casa, pero llegándose el plazo señalado, apenas llegué al paseo cuando por el coche conocí el hermoso Sol que iba dentro, y apeándose con bizarro donaire para estar más libres y más solos, fletamos un barco y nos alejamos la ribera, encareciendo ella su amor y diciéndome muchas veces que quisiera tener estado para poder disponer de su belleza; y yo agradecido a tanto favores, prometiéndola no querer más que lo que fuese su gusto, aunque perdiera el mío muchas ocasiones. Continuáronse las visitas por este camino, sirviéndonos los más días de estrado el verde tapete de las flores y de sillas las olorosas esmeraldas de la hierba. Y una tarde que la hallé más resuelta en amarme, si bien el verme con ojos de forastero, la entibiaba y detenía, la rogué (más con ánimo de saber su calidad que tomarme mayores licencias) trazase de manera el vernos, pues tenía ingenio para todo que no la costase el salir de su casa; pues yendo yo a ella se venían a escuchar todos aquellos pasos. Estrañolo al principio, pero como ya me quería, para quien ama no hay nada dificultoso, me respondió que ella lo haría, mas con tal que ni me atreviese a ofender su recato ni supiese en la casa que entraba, temerosa quizá, de que no me alabase a otro día (como algunos hacen) de lo que había pasado en su aposento. Prometile cumplir de mi parte lo primero, que era lo que a mi parecer estaba en mi mano, y para lo segundo dio orden que a las diez de la noche, estando yo en aquel mismo puesto, viniese la criada con una silla que traían dos esclavos; la cual obedeciendo en toda a su señora, luego que me conoció, me dijo, que entrase en ella y fuese donde me llevasen. Hícelo así y cerrándome muy bien por de fuera, cuando menos imaginé, me hallé en una rica y espaciosa sala adornada de paños flamencos, braseros de plata, escritorios de marfil y pinturas de mucho precio. Salió luego la hermosa causa de mis desvelos, en cuya casa estuve saliendo y entrando muchas veces con este artificio, sin tener ánimo para atreverme a más que mirarla; que hay mujeres de tanta compostura, que aun en las ocasiones donde es permitido el desenfado se hacen respetar solamente con volver los ojos. En este estado he tenido mi amor estos días, hasta que la postrera noche que estuve con ella, preguntándola el fin que pensaba tener en tanto recato, siendo yo Tántalo de su hermosura, prometió para esta noche declararse conmigo; y si en lo que tenía determinado la respondía a su propósito, hacer por mí cualquiera travesura. Salí con esto anoche, gozosísimo con la esperanza que me daban sus amorosas razones, y como por divertir las horas del día (que para quien aguarda la noche siempre son largas) me saliese al campo llevado de la noble afición de la caza (disculpado deleite para los hombres de algún brío) me alejé tanto que me halló la noche en el campo, siendo tan áspera y tempestuosa, que espantando el caballo con los relámpagos y truenos, no quiso pasar de esta casería donde entré como vistes, cuando pensé estar gozando los brazos de doña Estefanía; que aunque de su boca no sé que sea este su nombre, saliendo la otra noche de su casa, oí que preguntando un hombre, quien vivía en ella, le respondió otro, que acaso estaba a la puerta, que una dama de este nombre, por lo cual colijo que la señora de aquella casa se llama Estefanía’.

Puso Federico con esto fin a su relación, y yo quedé con la misma duda porque todas aquellas razones eran equívocas y podían servir a otro desdichado. Pero él se dio tanta prisa en contar sus glorias por lo menudo, que por las señas que daba de la casa, así en las camas, escritorios y colgaduras y sobre todo encareciendo algunos lienzos particulares que yo tengo (por ser aficionado a la pintura del Ticiano, del Basan, del Mudo, de Alberto Durerero y de otros insignes pintores) que vine a conocer que mi casa era la ofendida y yo el más desdichado de cuantos han nacido. Y así disimulando lo más que pude, a cosa de las dos de la tarde nos pusimos a caballo y empezando a caminar, él refiriendo los gustos que le esperaban siendo cada razón un puñal para mi honra y yo buscando sitio a propósito para darle la muerte; y mandando a los dos criados que yo llevaba, se adelantasen para ganar la albricias de mi infame esposa al atravesar un bosque tan espeso y cubierto de árboles que el Sol, por diligencias que hizo, nunca pudo ver la cara a muchas flores que habían crecido sin haber menester sus rayos, arranqué de la espada y antes de apearme le di por los pechas tan fuerte herida que más con el golpe que con la cólera, cayó en el suelo donde le di tantas heridas que dentro de breve rato, se rindió a mis pies, pidiéndome por dos horas prestada la vida, para confesarse y pedir al cielo perdón de sus culpas, porque a mí no tenía de que, pues ni me conocía, ni sabía por qué usaba con él aquella temeridad. Yo entonces viendo que era demasiado rigor acabar de matarle, pudiendo en aquel breve rato darle lugar para que ya que no el cuerpo el alma se restaurase, le dejé vivo, que una cosa es estar colérico y otra ser cristiano. Como ofendido y caballero, parece que tenía obligación de matarle, pero como católico la tuve de suspender el brazo para que se salvase, que no dejar confesar al que muere es hacer gala de la impiedad y endurecer el corazón de Dios, para que no le perdone cuando le pide misericordia. Viendo pues que venía gente, por no ser descubierto subí a caballo y empecé a discurrir sobre lo que había de hacer de allí adelante y advirtiéndome que matar a mi esposa era hacer más pública mi infamia, pues lo que había sido pensamiento sólo, había de pensar y aun creer toda la ciudad, que era ofensa ya ejecutada, con que perdían nuestras casas de su antiguo lustre. Me pareció mejor acuerdo para vengarme de sus pensamientos injustos, castigarla en no verla en toda mi vida. Y con esta determinación alcancé en breve tiempo (que quien huye camina mucho) a mis criados, a quien dije que sobre la porfía de poca importancia, habíamos llegado aquel caballero y yo a tan pesadas palabras que hubimos de sacar los aceros, en cuya pendencia quedaba muerto, y que así era fuerza no darnos a conocer en Barcelona de nadie, porque lo demás era ponerme en manos de mayor peligro por ser el muerto hombre de mucha importancia, según me había referido. Y como antes de entrar en Barcelona tuviese nuevas de que las galeras estaban de partida, me embarqué con todo secreto en ésta, por ser el capitán el mayor amigo que tuve en mis mocedades, y a quien de nuevo estoy reconocido por haberme dado en vos tan buen compañero. Mirad ahora si mis desdichas son bien grandes; pues me obligan adorando en mi esposa a no verla por ser quien soy, sujeto a que cada uno piense de mi falta como quisiere; si bien a mi parecer, imaginarán que algún bandolero por haber tantos en esta tierra, me ha quitado la vida en el camino. Pluguiera a Dios que así hubiera sido o que fuera un hombre común que no tuviera el duelo de su honra tan escrito en el alma, para quedarme en mi patria y en mi regalo; mas soy por mi desdicha tan escrupuloso en esta parte, que en acordándome que por parte de la voluntad de mi esposa estuvo algún tiempo manchado aquel decoro que debía guardarme, me pesa de no haber hecho con ella lo mismo que con Federico”.

Admirado (y con razón) quedó Ricardo de la peregrina historia de don Enrique, y pagándole la fineza de haberle dado parte de sus desdichas con referirle muy despacio las suyas, se prometieron muy buen viaje, llegando a Nápoles con la brevedad posible; y habiendo visto en aquella hermosísima ciudad las cosas más insignes, pasaron por Civita Vieja a Roma, donde Ricardo pidió con las cartas que traía mil escudos, y después de besar el pie a su Santidad y haber visto puentes, castillos, estatuas, viñas, calles, templos, islas, jardines, palacios, montes, baños, puertas, sepulcros, caballos de mármol, plazas y coliseo, donde se dice caben casi veinte mil personas, se determinaron los dos amigos de ver a toda Italia, gastando en esta peregrinación dos años. Al cabo de ellos estando una mañana en Milán, llenado don Enrique del amor que aunque injusto tenía a su esposa, por habérsele pegado de Ricardo el hacer versos, que pasaban de razonables, escribió este epigrama, pintando el dolor de su agravio, quizá por acordarse de Estefanía y de su hermosura, que quien ama de corazón, ni con las ofensas se entibia, ni con la ausencia se consuela.

Hiere el rayo en un tronco, mas la herida
es tan sutil, para que no se altere,
que aunque en el alma todo el tronco muere,
apenas la corteza queda hendida.

Así mi esposa, bárbara homicida,
no el cuerpo, el alma sí, matarme quiere,
pues sin herirme, el corazón me hiere,
dejándome cadáver de mi vida.

Siendo el alma incorpórea como bella,
no pudiera matarle el golpe fuerte,
que a lo inmortal la espada no atropella.

Pero siendo el dolor (¡o dura suerte!)
invisible, y eterno como ella,
sin acero la pudo dar la muerte

“Por cierto”, dijo Ricardo, “viendo a su amigo tan lastimado que vos erráis, a mi parecer, en no volver a vuestra patria, y en ella a los brazos de vuestra esposa, supuesto que tarde, o temprano ha de venir a ser, porque siendo quien sois, no es posible encubriros siempre, y en sabiéndose que estáis vivo, es fuerza volver con quien adoráis, porque lo demás fuera hacerse sospecho en lo que ella hizo tan secreto, que solamente el cielo, vos y yo lo sabemos. Y si la mayor dificultad que en esto puede haber es el veros ofendido de Federico y de Estefanía, ¿qué mayor venganza que haberle quitado a él la vida? ¿Por qué lo intentó y no haberla visto a ella en dos años, por lo que llegó a imaginar? Fuera de que eso de los pensamientos, no corre con los hombres como con Dios. Para la divina justicia, verdad es, que no tiene más circunstancia cometer el delito, que querer cometerle; pero para con el mundo sí. Pues nunca habréis visto castigar a nadie porque deseó matar, sino porque mató, ¿por qué a castigarse pensamientos, quien se libra en el mundo de tenerlos malos en todo género de delitos? El amigo siempre con capa de lo que es, desea

(hablando según el ordinario estilo de proceder de la humana flaqueza) la mujer de su amigo el hijo segundo la muerte del mayorazgo, el envidioso procura la ruina del privado, el preso quisiera cada noche matar al alcalde, el pobre hurta en su imaginación al rico, el celoso considera bañado el estoque en la sangre de su competidor, el pleiteante se determina a buscar testigos falsos para justificación de la causa, el casado pone los ojos en su vecina y el soltero en todas las que encuentra; sin que para ninguno de estos haya castigo humano; que como pecan de parte de adentro y Dios solamente es el juez de los corazones; a él sólo se remiten todas estas causas. Pues si para con el mundo no estáis ofendido ni para con vuestra esposa tampoco, porque ella no puede saber que vos hayáis sabido aquestas cosas. ¿Qué duelo, ni qué desvarío os tiene ajeno de vos, de vuestro gusto y de vuestra patria? Intentó ofenderos doña Estefanía, aunque yo no lo tengo por cierto porque él que lo dijo, no dio fianzas de no poder mentir, pero demos caso que fuese verdad, ¿qué marido hay en el mundo que se libre de pensamientos, así de los que ven a su mujer, cómo de los que ella puede tener viendo otros hombres? Y si no, decidme por vuestra vida, ¿qué mujer hay, que cuando sale de su casa no se prenda lo mejor que puede, guarnecido las manos de diamantes, la garganta de perlas, la cabeza de rizos y el pecho de joyas? Pues esto, ¿con qué ánimo es, sino acaso de parecer bien a todos cuantos la miraren? Que eso de agradar los ojos de su marido es disculpa honesta de su recato, porque hasta hoy, por maravilla habrá habido mujer, que para salir de casa se acordase de su marido. Y pruébase ser esto verdad, con que cuando vuelve a ella, donde sólo su marido la ve, se quita las galas, dobla los vestidos y encierra las joyas y con todo eso ni los maridos se dan por agraviados, ni ellas se tienen por culpadas. Enrique, yo os trato verdad como amigo, y como quien desea vuestra quietud; el pensamiento es tan sutil que tenerle y consentirle es todo un pensamiento. Intentar ofender en esta materia no es ofender y más, cuando el intento no es público para nadie y cuando lo fuera, quien lo intentó está muerto, y ella sin marido dos años, pues, ¿qué más venganza queréis de entrambos? ”

No pudo a tantas fuertes razones resistir Enrique, que como lo deseaba, aun le parecieron más fuertes. Y como también Ricardo desease volver a España para vivir entre sus padres, amigos y deudos, y ver a Lisarda, aunque la vieses ajena, cuyo amor, a pesar de la ausencia, se estaba en la misma fuerza. Trataron de partirse con toda prisa y así despedidos de Milán, se embarcaron con favorable viento. Sí bien dentro de dos días se levantó una tempestad tan peligrosa que casi se vieron a las puertas de la muerte. Y como somos malos que para acordarnos del cielo, hemos menester tener peligros y trabajos (que quizá por esto nos los debe enviar) Enrique prometió a la Virgen de Monserrate verla en su casa antes de hacer otra visita, si los libraba de aquel naufragio. Y como es el cielo tan piadoso, que es lo mismo pedirle el hombre que otorgarle cuanto le pide y más llevando por intercesora a la soberana reina de los ángeles, apenas hizo la promesa cuando el mar se sosegó, el viento templó su ira y la galera volvió a cobrarse de la pasada temeridad, con tanta dicha, que dentro de muy pocos días se hallaron a la vista de Barcelona, donde sin detenerse un punto Ricardo y Enrique, con sus dos criados, tomaron caballos y se fueron a Monserrate; cuya aurora visitaron y dieron mil devotos agradecimientos y luego en tanto que era hora de recogerse a una casa que estaba cerca del Monasterio, se fueron a ver desde lo más alto aquel soberbio, si natural edificio de la naturaleza. “Yo aseguro”, dijo don Enrique, viendo a Ricardo, admirado de ver su

hermosa pesadumbre, “que haber dicho entre vos mismo que es grande ocasión para un poeta porque en la diferencia de las pinturas podrá galanamente bizarrear el ingenio”. “Sí, es”, respondió Ricardo, y tomando la pluma a la mañana escribió estas *canciones*, que luego refirió a su amigo.

Yace a la vista ya de Barcelona
Monserrate, gigante organizado
de riscos cuya rosca pesadumbre
con los primeros cielos se eslabona,
porque tan alto está, tan levantado,
que desde los extremos de su cumbre,
por tema o por costumbre,
a la ciudad del frío,
pareció que el roció
antes quiere chupar, que caiga el suelo,
y después escalando el cuarto cielo,
porque el primer lugar halló muy frío,
empina la garganta macilenta,
y a la región del fuego se calienta.

De tersa plata su faldón guarnece,
en cambio de la sombra que le ha dado,
el río Lóbregas, que al ver su valla,
flecha de vidrio, o de cristal parece,
pues siete leguas corre amenazado
de la arisca, y bárbara muralla;
y huyendo al mar se encalla
en su maquina inmensa,
como a pedir defensa;
porque teme tal vez que se alborote
un risco que la mira con capote,
quizá enfadado, por si acaso piensa
cuando escribe en las ondas su reflejo,
que para tanto monte es corto espejo.

Aquí le sirve una robusta peña
de tajador a un lobo que arrogante
quitó a la madre un recental del pecho,
y en las alforjas de la inculta breña,
siendo su boca el plato, y el trinchante,
le traga sin mascar a su despecho.
Y allí desde en repecho,
que quiso ser peñasco
vestido de damasco,
baja el lagarto, que la cola ondea,
y como arroyo verde se pasea,

azotando las matas de un carrasco,
hasta que el silvio de su dama escucha,
corriendo en poco salto tierra mucha.

Del Sol aquí al Oriente,
tanto escuadrón descende de ganado,
que arrastrando la lana por la sierra,
encanece la sierra de repente
nace allí un ternerillo remendado,
que a dos meses retoza la becerra,
y apenas en la tierra
con un blando gemido
estampa el pie partido,
cuando la escarcha lame matutina,
y sin ayuda, ni andador camina,
conociendo a la madre en el vestido,
cuyos calientes pechos golosean,
y las dulzuras bebe de Amaltea.

En un árbol copado, aunque sin hoja,
larga de cuello, si de cola breve,
da calor la cigüeña a cuatro huevos,
y enfrente un cuervo oscuro se congoja
de ver los hijos como blanca nieve
aunque de tinta son a veinte Febos.
Dos toros ya mancebos
por otra parte gimen,
y de la frente esgrimen,
coléricos, celosos y ofendidos
del marfil los estoques retorcidos,
hasta que con el miedo se reprimen
de una tigre bordada, que arrogante
de su cueva salió para montante.

Engendra el Sol frutales en los riscos
haciendo fuerza al escabroso vientre,
por tomar con el monte parentesco;
y a pesar de los cantos y pedriscos,
aunque después toda una gruta encuentre,
rompe el arado el suelo siempre fresco,
por el dulce refresco
que roba de la nieve
con que la tierra bebe,
siendo sus poros simulada boca,
la vida que la anima y la provoca,
a que se deje abrir del hierro aleve

donde los granos, que en su seno abriga,
conceptos son de la futura espiga.

Tiene la sabia abeja en la abertura
cóncava de este pálido edificio,
su república, afrenta de la nuestra,
cual desterrar el zángano procura
por ocioso y superfluo en el oficio,
y cual anciana, diligente y diestra
a las novicias muestra
como han de hacer la carga,
ya de la flor amarga,
ya de la vid, y ya de la lanteja,
fabrica los pantalones la más vieja,
una coge la flor, otra la carga,
preside el Rey, la cera se descuelga,
la miel huele a tomillo, y nadie huelga.

Allí un marchito valle deste yermo,
seco de sed por mil abiertas bocas,
agua pide a las peñas, y a los riscos,
y aquí viene a regarle un monje enfermo;
si bien a tanta sed son gotas pocas,
pues no hay para mojar cuatro lentiscos;
los rosales (ariscos
por sus pardas espigas)
para las clavellinas,
que están en embrión, ruegan al monje,
que por los pies la tierra les esponje,
y el atento a las voces campesinas,
a la redonda noria pone el bruto,
y en agua baña cuanto mira enjuto.

En la taza de un álamo frondoso
hace una tortolita mil plegarias
por el galán que fue su amor primero,
trina un pardillo aquí más venturoso,
y a la vihuela de colores varias,
ramillete con voz, llega un jilguero
y luego lisonjero
al facistol de un pino
el ruiseñor divino con su dulce confort se gorjea,
a quien ella también contrapuntea,
siendo un canario que se halló vecino,
de esta capilla lírico maestro,
si no por más süave, por más diestro.

Al ruido de la música y la fiesta
un ermitaño se levanta inquieto,
y sale de la cueva desgredada,
en cuyo pardo estómago se acuesta,
y ciñendo un cordón el esqueleto,
y ordenando la barba en marañada,
a la primer pisada, con fervoroso celo,
le da gracias al cielo
de haber amanecido y merecido
ver de otro Sol el curso repetido;
y luego va a lavarse a un arroyuelo,
que Faetónte de vidrio se despeña,
siendo nieto de un risco y de una peña.

Aquesto es Monserrate; cuanto al monte,
que de la vista es miedo pretendido,
y del cielo depósito sagrado,
pues preside en su rígido horizonte
el Aurora, que al Sol recién nacido
vio de sus pechos en Belén colgado.
Aquí el candor rosado,
aquí la luz del día,
aquí el Sol de María
albergue tiene en bárbaros terrones,
si ya no vive en tantos corazones
como a su casa vienen cada día
con ansia, con amor, con fe, con cello
a ver la luz, el Alba, el Sol y el cielo.

Canción, no te remontes,
ni a los cielos te pases de los montes;
que para el risco solo
mi pluma basta, aunque sin ser de Apolo;
mas para tanta luz, y cielo tanto,
aun es muy poca voz la voz de un santo.

Mucho acreditaron a Ricardo estas canciones con don Enrique porque fuera de estar escritas con gala y espíritu de poeta, nunca mostró que lo era tanto y tan natural, como en esta ocasión, por haberlas hecho en las pocas horas de una mañana, que halló tan bien templado el ingenio, que con la pluma no podía seguirle. Y estando los dos amigos divirtiendo la vista desde una ventana de su casa, ya con la blanca y hermosa nieve, caduca más por el tiempo que había vivido en aquellos montes que por la blancura con que se había afeitado en la región del aire, ya con el apacible desorden de los árboles, que por estar en lo más alto de los riscos o parecían sus cabellos o su corona y ya con el ruido de los cristalinos arroyos que desterrados de su natural patria descendían al valle en un instante. Vieron que a su misma puerta paraba una litera, a quien acompañaban seis

criados de a la mula y como dueño de todos, un caballero a los ojos de Ricardo, muy galán, pero no a los de don Enrique, que apenas le vio cuando confuso, triste y pensativo, haciendo reflexión en su entendimiento, del rostro y de la persona, conoció que era su enemigo Federico; cosa que le alteró de suerte, que aunque él no se lo confesara, Ricardo se lo conociera y repartiéndole por entonces, le dijo que aquellas cosas más se habían de guiar con prudencia, que con escándalo. Y que así se sosegase y advirtiese que tenía a su lado quien en satisfacción del menor escrúpulo de su honra sabría perder muchas vidas. Reportose con esto un poco y fue tan poco que duró solamente mientras vio que las que venían en la litera eran la ingrata doña Estefanía y una hermana suya. Aquí fue menester todo el entendimiento de Ricardo para detenerle porque destinado y ofendido, quería salir, y sin más averiguación bañarlos en su sangre para lavar con ella los continuados agravios de tantos meses. Finalmente, como por haber concurrido muchas personas en aquella peregrinación, faltase comodidad para los nuevos huéspedes, dejando cerrado a don Enrique porque con los celos de su honra no hiciese algún exceso, sin consultarle primero con su cordura, bajó Ricardo al patio y les ofreció de dos salas que tenía, la una para que por lo menos las damas se aposentasen y la ropa pudiese estar más bien guardada. Agradecieron y admitieron así las damas, como Federico, la merced que Ricardo les hacía, que la necesidad suele hacer bien contentos a los más melindrosos. Avisó Ricardo a don Enrique de cómo había trazado, que en aquel mismo cuarto posasen sus enemigos y que así sería acertado retirarse a un aposento que estaba más adentro para que sin ser visto de ninguno, pudiese enterarse de todos sus recelos con más certeza. Obedecióle en todo el afligido don Enrique, y luego acomodó lo mejor que pudo a las dos hermosas damas, y después de hacer encender lumbre, tomar sillas y tratar de la devoción de aquella soberana señora, reina de los cielos y madre del mismo hijo de Dios, cuyo amor les traía a todos a la presente romería. Como le preguntase adónde caminaba y [de] dónde venía y Ricardo respondiese a lo primero, que a Castilla, y a lo segundo, que de ver a toda Italia sin tener más negocios en ella, que haber querido gastar dos años fuera de su patria. Apenas le oyó doña Estefanía cuando dijo, volviéndose a su hermana y a Federico, “esos mismos habrá, aunque a mí han parecido eternidades, que falta de su casa mi triste esposo y según las nuevas que he tenido, llevó sin duda esa misma derrota”. “Son tantos los españoles”, respondió Ricardo, “que están en esas partes y que yo he comunicado en este tiempo, que no fuera mucho haberle conocido”. “Enrique se llama, Enrique se llama”, replicó doña Estefanía, repitiendo muchas veces el nombre, que el amor tiene sus ciertos deleites en traer del corazón a la lengua aquello que ama. Viendo pues Ricardo que la ocasión se le había venido a las manos, respondió que le conocía muy bien y que había sido su camarada lo más del tiempo que estuvo en Italia, y que la razón de quedarse en Milán entonces, era (según él le refería muchas veces) porque un negocio de honra le tenía desterrado de su patria y sin esperanza de volver a ella. No pudo en tales nuevas resistir doña Estefanía a las lágrimas y así bañada en ellas y dando un suspiro (a cuyo eco, son ser tan monte el sitio donde estaban, parece que había respondido con ternura) empezó a querer responder y satisfacerle, a no estorbárselo Federico que suplicándola le diese licencia para hablar como mejor testigo de aquel caso, vuelto a Ricardo, le dijo de esta suerte:

“Son tan extraños los sucesos del mundo y tan difíciles de penetrar algunas veces que él mismo que los experimenta los desconoce, y así, para que lo creáis y aviséis también a

vuestro amigo don Enrique de su engaño y de mi inocencia, atended por vuestra visa este breve rato. Yo tuve en la ciudad de Valladolid (que es mi primera cuna) con un hidalgo de mi calidad, cierto disgusto tan pesado que vino a parar por haberme desmentido en que escribiese en su rostro con cinco letras mi desagravio. Temieron mis deudos la venganza de mi enemigo, por ser hombre de hacienda y honra, y así determinaron me fuese aparte, donde pudiese vivir con más seguridad, si bien quien agravia ninguna tiene, si no es en su sepultura. Por lo cual con dos pares de vestidos, y cantidad de plata y oro, salí de Valladolid una noche y a pocos días me hallé en la ciudad de Barcelona, donde yendo a caza una tarde y alejándome demasiado, me fue forzoso quedarme aquella noche en una casería que está a mano izquierda del camino Real, y como hiciese conversación con un caballero que también se había quedado en la misma casa y que por las señas que truje del y por lo que después me sucedió, conocimos que era don Enrique. Y tratando de varias finezas de damas y galanes, yo le vine a referir una ventura que entonces me estaba sucediendo con una señora, a quien yo nombré por su mismo nombre, error que me pudo costar la vida por ser el de su esposa que está presente. Verdad es, que no pude decirle distintamente su calidad, su calle, ni su casa porque como después sabréis más de espacio, nunca la supe, pero las señas que le di fueron tales que no pudo dejar de entender que era su honra la que peligraba. Y así celoso y a su parecer ofendido, ya que no en las obras, en los amagos, al atravesar un monte, ocasionado para cualquier desdicha sacó la espada y sin darme lugar que me defendiera (que el agraviado no necesita de esas bizarrías) me dio muchas heridas y algunas tales, que cualquiera de ellas me quitara la vida, a no guardarme el cielo y a no venir muy armado, con el recelo que traía de que me siguiese el enemigo que dejaba en Valladolid. En fin dejándome casi muerto se fue a la ciudad y sin ver a su esposa, ni dar parte a nadie de este suceso se embarcó en una de las galeras que estaban de partida para Italia. Pero como no hay cosa secreta en el mundo, a dos meses como sucedió se dijo por toda la ciudad que don Enrique era el dueño de aquella acción. Lo primero, por el día que salió de Madrid. Lo segundo, por las postas que tomó en el camino. Lo tercero, por las señas que daba de su talle y de sus criados. Lo cuarto, por muchas personas que le hablaron y vieron en Nápoles. Y lo último, por ser palabra de Dios, que no ha de haber secreto que no se revele. Murmuró luego el vulgo de la honestidad de Estefanía, que el vulgo aun lo que está por imaginar murmura, cuanto más lo que tenía tantas apariencias de verdad, siendo el mayor engaño que puede imaginarse en el mundo. Es pues el caso que cuando se fue a Madrid don Enrique, viendo su esposa que tardaba más de lo quisiera y que cada día iba sintiendo más su soledad y para no tener tanta, envió a casa de sus padres por doña Ángela, hermana suya, que es la que está presente. Y como un día se ofreciese salir a la calle mayor a comprar algunas niñerías de mujeres y doña Estefanía no tuviese ánimo (ausente su esposo) para salir donde la viera nadie, hubo de salir doña Ángela sola en el coche. En ocasión que la tuve de hablarla y ella de aficionármese con tanto extremo más por influencia de su estrella que por méritos de mi persona, que después de muchos lances, sin que su hermana lo entendiese (porque es tal que ni se lo consintiera) dio orden de que entrase en su casa, si bien con el respeto que su estado merecía y sobre todo, con tan ingenioso y nuevo recato, que nunca vi la calle, ni menos supe la casa donde estaba, hasta que una noche al umbral de su puerta acertó a preguntar un hombre, que quien vivía en aquella casa y a responder un criado que doña Estefanía. Y esa fue la causa de decir el nombre a don Enrique aquella noche, que por nuestra desdicha nos encontramos, quedando después a sus manos

casi difunto, a no ser socorrido del cielo y de la piedad de unos pastores que llegaron al ruido y me llevaron a Barcelona, donde fui curado y regalado de doña Ángela; que en sabiendo que estaba de aquella manera, se declaró con su hermana y conmigo, obligándome después a ser su esposo su amor, su hermosura, su nobleza y el ver padecer la opinión de don Enrique y la honestidad de doña Estefanía. Con lo cual el maldiciente vulgo quedó corrido de haber imaginado cosa en ofensa de los dos más buenos casados que hay en el mundo, si bien no de manera que discursa más piadosamente en semejante ocasión”.

No es menester decir que don Enrique había oído esta relación, porque como el reo cuando espera la sentencia, estuvo pendiente de las palabras de Federico, tan fuera de sí con el evidente desengaño de sus recelos que casi le tuvo mortal el placer como pudiera el pesar, si oyera lo contrario, que es tan delicada la vida del hombre que aun en los gustos tiene peligro. Ya iba Ricardo a pedir a todas albricias de que Enrique estaba tan cerca, que sólo un tabique le dividía, cuando salió el gozoso caballero y abrazándose de su esposa sin decirle nada, le dijo, cuanto quiso decirle que los grandes afectos no en la boca, en el silencio suelen tener su lengua; y después de haberla pedido perdón de su ausencia y preguntado por su hijo, dio el parabién y abrazó a doña Ángela y a Federico haciendo todos lo mismo con Ricardo por haber sido instrumento de que don Enrique volviese a su patria.

De esta manera, estuvieron nueve días en aquel devoto sitio que era el cumplimiento de una novena que había prometido doña Estefanía. Y estando la última noche, después de haber cenado discurriendo sobre los sucesos de Federico y don Enrique, las dos hermosas damas deseosas como mujeres de saber los de Ricardo, le rogaron los refiriese; a quien él, como tan cortesano satisfizo, contando todo lo que en el discurso de sus amores le había pasado con Lisarda, a quien adoraba con el mismo extremo que cuando estaba más favorecido de sus ojos. Contentos quedaron todos, tanto de la amorosa historia de Ricardo, cuanto de la sazón con que la había referido, que como era el verdadero dueño de aquellas ansias, representábalas tan al vivo que movía a todos a lástima y a deseo juntamente de que se lograra la firme voluntad que tenía a Lisarda. Y mirándole doña Estefanía con gran muestra de gusto, le dijo, “yo estaba, señor Ricardo, muy desvelada en pensar como agradeceros el bien que por vos me ha venido, que los nobles hasta que paguen parece que se hallan embarazados con el beneficio. Mas esta vez no lo estaré mucho, pues con deciros que esa dama que decís o a lo menos otra de ese mismo nombre y patria está en Barcelona, me parece que os pago todas las buenas obras que os he debido. En Barcelona está donde somos tan amigas que los más días está conmigo, si bien lo que extraño es no estar, como vos aseguraréis casada, sino en hábito de viuda y en compañía de sus padres”.

Tan contento como confuso quedó Ricardo, con estas nuevas, sin atreverse creerlo de todo punto por ser dicha suya ni a dudar, o tampoco por ser doña Estefanía quien lo aseguraba. Así para satisfacerse más fácilmente, rogó a todos apresurasen su viaje, a quien todos obedecieron con tanto gusto que a las diez de la mañana al siguiente día ya estaban en Barcelona, enviando luego como llegaron, un recado de parte de doña Estefanía a los padres de la dama castellana, avisándoles de su venida y rogándoles

juntamente la fiasen por un día a la señora Lisarda; los cuales teniendo a gran favor la honra que les hacía enviándola enhorabuena, así de su venida con la de don Enrique, que ya se había divulgado por la ciudad que estaba en Monserrate. Mandaron a Lisarda entrarse en una silla y fuese a cumplir con la obligación que tenía. Salieron a recibirla, en sabiendo que venía don Enrique, Federico, Estefanía y Ángela; quedándose Ricardo un poco atrás para reconocer si era aquella la prenda que tuvo por perdida, y llamándola doña Estefanía aparte con don Enrique después de advertirla que era su esposo y que venía de Nápoles, la dijo que la traía unas cartas de cierto caballero que se llamaba Ricardo; y que según lo que él decía era de su misma patria. Turbose Lisarda oyendo el nombre de quien adoraba y aunque la vergüenza hizo su oficio, venciendo el amor al encogimiento y el deseo a la vergüenza, se volvió a don Enrique y sin olvidarse de besarle primero las manos y darle el parabién de su venida, le dijo, “suplícoos, señor mío, me deis ese pliego porque no pueden venir en él tantas letras como lágrimas me cuesta su dueño”. “Pues esta es la carta”, respondió don Enrique, “que os traigo de Nápoles” y llegándose a Ricardo le trujo a la presencia de Lisarda; la cual como él que estando ciego cobra de repente la vista, que no se harta de ver cualquiera cosa. Así ella miraba muchas veces a Ricardo sin querer divertirse a preguntarle nada por no privar de tanto bien a los ojos, que en dos años no habían tenido sino lágrimas y pesares. Preguntola Ricardo antes de saber otra cosa si estaba casada, y ella por satisfacer a sus miedos y justamente a los que estaban presentes que deseaban saber lo mismo, ocupando las damas el estrado y los galanes las sillas, dijo de esta suerte.

“Bien podéis creer señor Ricardo, que cuando os vi pasar por la posta la última vez que os vi, me hallé tan ajena de mí misma que fue milagro no llamaros a voces. Pero ¿qué mucho que lo hiciera, si me lleváis la mitad del corazón y veía que no era posible vivir sin aquella falta? Lloraron los ojos, suspiró el alma, tembló el corazón y a mi esperanza ya difunta hicieron todos los sentidos sus exequias. Gran desconsuelo es llegar a querer sin premio, ni correspondencia, rigor sin piedad, rendir el alma a quien la trata como verdugo; fuerte golpe declararse con quien no le quiere dar por entendido; dura pena sufrir los medios de una larga ausencia que para quien quiere cualquiera es larga; y violenta tiranía obligar con fuerzas a quien corresponde con desdenes; pero ningún dolor se iguala al de apartarse dos que se quieren bien y no poder remediarse el uno al otro. Esto pasó por mí el triste día que os ausentaste, sin poder determinarme, aunque os adoraba a estorbarlo, no a deteneros; que aunque en llegando a tan apretados lances no ha de haber enojos, ni cumplimientos; con todo eso, el considerarme ajena me cerró la boca, el verme ofendida me quitó la lengua, y el hallarme empeñada con mis padres me atajó los pasos. En efecto, vos os fuiste y yo quedé en brazos casi de la muerte, que llamé muchas veces. Pero (¡ay triste!) que la desdicha de los desdichados consiste por la mayor parte en vivir cuando conviene que mueran. Vino en este tiempo de Madrid él que había de ser mi marido, presentome ricas vistas, ojalá se trocaran en tristes lutos. Previnieron galas y fiestas para la infelice noche de mi desposorio, en cual después de haber cumplido con las ceremonias de la iglesia, cuando no se esperaba más de poner fin a la cena, para que la cama (que con vos fuera tálamo de mi vida) fuese con don Fulgencio túmulo de mi muerte, sucedió (permisión divina) que le dio de repente una fuerte calentura, que sin poder valerse de su brío ni de las gentilezas de amante, hubo de atender más a la necesidad de su salud que a las voces de su apetito. Acostose el desmayado caballero y

pensando que fuese alguna cimera por algún exceso de aquellos días, apelaron para el siguiente trocando todo el placer en pesar y el regocijo en susto. Solamente yo me pedí albricias de su indisposición, porque aunque no aborrecía su vida los efectos que habían de resultar de ella era fuerza que me martirizasen el alma. Acudieron los médicos a la mañana y aunque penetraron la malicia de los pulsos, dieron esperanzas de su salud; pero al quinto día se declaró por dolor de costado tan peligroso que sin bastar cuantos remedios pudo hallar la ciencia de la medicina, dejándome toda su hacienda por el discurso de mi vida, al noveno acabó a suya con tantas ansias de perderme que con no tenerle ningún amor, me enterneció, y como fuera posible que él viviera y yo quedar sin casar, diera cuanto soy porque no muriera. Quedé con su muerte en el traje que veis, a viuda y doncella, si bien el luto más pienso que le he traído por vos que por el muerto. Hanme salido en esta distancia con el cebo de mi crecido dote, infinitos casamientos, a quien yo he resistido con increíble valor echando la culpa al respeto que tengo a mi difunto esposo. Mas lo cierto es que vuestro amor me ha detenido, por parecerme que podía llegar este día y no fuera bien estar con estorbo alguno para ser vuestra. Y como el virrey que estaba proveído para esta ciudad, fuese amigo de mi padre por haberle servido en sus tiernos años y haberle socorrido después en algunas necesidades (que también los señores las tienen) quiso pagarle las amistades que le había hecho en traerle consigo, y darle un oficio tal que fuese juntamente de provecho y honra. Los viejos, Ricardo, nunca se contentan con lo que tienen; dígolo porque mi padre sin haber menester más aumentos que vivir descansado para acabar la poca vida que le falta, se resolvió a venir a Barcelona y traer toda su casa, a quien yo no resistí por parecerme que por este camino os tenía más cerca. Y así, pues soy tan dichosa que he llegado a merecer lo que en dos años me ha costado tantas lágrimas, pedidme y mandadme muchas cosas de vuestro gusto, en fe de que os adora con los mismos extremos que cuando os despediste de mis ojos, a cuyo amor me ofrezco de nuevo como sea con resguardo de mi honestidad, que ésta es primera en mí que todas las cosas del mundo. Digo esto, porque si acaso venís casado o cansado de quererme (que de un hombre que en dos años no ha visto a su dama, cualquier olvido puede temerse) aunque muera a manos de mi propia voluntad, no os veré, no os cansaré, ni os hablaré en toda mi vida. Mas si acaso, como imagino, estáis en el mismo estado que cuando fuiste y os dura aquel honesto amor que llevases, el alma, la mano, la voluntad y la vida juntamente con esta moderada hermosura, os entrego, para que dispongáis de todo como absoluto dueño mío”.

Todos los circunstantes pagaron en parabienes, el que habían tenido con la gustosa relación de Lisarda, a quien Ricardo dio la mano de esposo, satisfaciéndose el uno al otro de esta suerte las finezas que se debían. Acertaron a venir en esta ocasión los padres de Lisarda, a dar la enhorabuena a los recién llegados y a llevársela de camino; mas como doña Estefanía les dijese que la tenía casada y Ricardo se diese a conocer diciendo (después de las comunes cortesías) que él era el dichoso que pretendía ser hijo suyo, fue tanto el placer que tuvieron por ser de su patria, y haberle conocido desde que nació, que sin necesitar de la intercesión de Enrique, Estefanía, Ángela y Federico, que abogaban por él, dieron el sí muchas veces, tanto por merecerlo Ricardo, como por tener sucesión en su casa. Y dando parte al virrey, que se ofreció por padrino prometiendo muchos aumentos a la persona de Ricardo, se desposaron dentro de quince días con general gusto de cuantos llegaron a saber la fineza de los dos amantes; cumpliéndose, así en ellos como

en los demás de quien hemos hablado en esta novela, aquel refrán antiguo que dice, al cabo de los años mil, etcétera, pues moralizando con su concepto quiere decir que habiendo costumbre de una cosa por maravilla deja de reducirse a su primer principio. El ejemplo de esta verdad tenemos en las manos, pues al cabo de dos años don Enrique vuelve a gozar la quietud de su casa, las gracias de su hijo, la merced del hábito y los amorosos brazos de su querida esposa. Federico hace lo mismo con la hermosa y discreta doña Ángela, a quien amó sin conocer, si bien informado de sus muchas prendas. Lisarda vuelve a repetir los favores que hacía en Ciudad Real a Ricardo y a gozar, aunque con mejor fortuna, aquel primer amor con que adoró su belleza.

La suspensión de la novela, la pureza del lenguaje, la variedad de los versos y la erudición de los discursos antecedentes, sacaron parabienes, aun de los más reportados en alabar ajenas gracias, que hay hombres que como si el decir bien les tuviese algo de costa, regatean el confesar los aciertos de los otros. Si bien la novela fue tan sazónada que generalmente la aplaudieron todos. Y cierto es, que duraran tanto como ella sus alabanzas, si no le pudiera de por medio, por principio de cena, la dulcísima voz de un músico, que cantó este soneto a un pajarillo que por despertar aquella mañana con su canto, la codicia de un cazador que ya le dejaba, porque no le había visto y lo tiró porque le oyó cantar sobre el verde teatro de unas ramas.

Cítara de carmín, que amaneciste
trinando endechas a tu amada esposa,
y paciéndole el ámbar a la rosa,
el pico de oro, de coral teñiste.

Dulce jilguero, pajarillo triste,
que apenas el Aurora viste hermosa,
cuando al tono primero de una glosa
la muerte hallaste, y el compás perdiste.

No hay en la vida, no, segura suerte;
tu misma voz al cazador convida
para que el golpe cuando tire acierte.

O fortuna buscada, aunque temida,
¿quien pensara que cómplice en su muerte
fuera, por no callar, su propia vida?